

¿CÓMO
PUEDEN
DECIR QUE
DIOS
ES
BUENO?

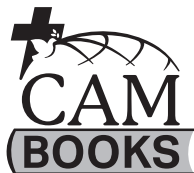
GARY MILLER

¿Cómo pueden decir que Dios es bueno? © 2026 CAM Books
Traducido por Maná Digital www.manadigital.net

Todos los derechos reservados. Ninguna parte de este libro puede ser reproducida o almacenada en ningún sistema de búsqueda automática, de ninguna forma ni por ningún medio, sea electrónico o mecánico, sin el permiso por escrito de la publicadora, aparte de citas breves en artículos y obras críticas.

Diseño: Kristi Yoder

Publicado por:



CAM Books
P.O. Box 355
Berlin, Ohio EE. UU. 44610
Teléfono: 330-893-4828
Fax: 330-893-2305
www.cambooks.com

¿CÓMO
PUEDEN
DECIR QUE
DIOS
ES
BUENO?

CAPÍTULO UNO

A NICOLÁS LE DOLÍA LA ESPALDA mientras arrastraba la bicicleta por las escaleras del edificio de apartamentos. Al menos así no desaparecería. Él frunció el ceño al recordar la bicicleta que había perdido. No iba a correr más riesgos con candados y cadenas. Al empujar la bicicleta por el último tramo de las escaleras, dio un fuerte suspiro. Tras abrir la puerta y apoyar la bicicleta contra la pared, Nicolás se dirigió a la cocina donde sacó una cerveza de la refrigeradora y entró tambaleando hasta la sala donde se dejó caer en un sillón reclinable.

¡Qué día tan miserable! Todo había salido mal. El jefe lo regañó por haber llegado tarde. Luego, Timoteo no llegó al trabajo, por lo que Nicolás tuvo que realizar también el recorrido de su

compañero, entregar correo bajo la fría llovizna de principios de otoño.

Sin embargo, nada de esto se comparaba al pleito con Jéssica. Nicolás miró el reloj que estaba sobre el equipo de música. En media hora su novia llegaría del trabajo. ¿Cómo la podría mirar a los ojos? Él sabía que realmente había actuado mal. ¿Cómo podría arreglar el problema?

Hacía dos años, cuando Jéssica llegó a vivir con él, todo andaba de maravilla. Salían juntos cada fin de semana, y su compañerismo había llenado un vacío en la vida de Nicolás. Sin embargo, últimamente algo había cambiado, y las tensiones en la relación aumentaban. Nicolás se frotó la frente, intentando hallar la raíz del problema.

Durante las últimas semanas, Jéssica le parecía distante e irritable. Nicolás se acordó de la manera que ella lo había regañado por haber dejado las botas tiradas en la puerta. Obviamente, él tenía sus faltas, pero se había esforzado por hacerla feliz. Pensó en las ocasiones que le había comprado pizza cuando ella no tenía ganas de cocinar, y de las películas que habían visto porque a

ella le interesaban. Con todo, las cosas de alguna manera habían salido mal. ¿Dónde había comenzado el problema?

La noche anterior las cosas habían llegado al colmo. Nicolás se había emborrachado demasiado, y su frustración reprimida había explotado. Ahora se avergonzaba al recordar las palabras cortantes que le había gritado a Jéssica; sabía que la había herido profundamente. Jamás la había visto tan enojada. Ahora, ¿cómo podría hacer la paz?

Nicolás suspiró, mirando fijamente por la ventana. Él había esperado un hogar diferente a este. Un hogar como el que había conocido en su niñez, antes de que sus padres se divorcieran, cuando la vida tenía un sentido de normalidad y previsibilidad. Aquellos habían sido momentos felices. La Navidad cuando todos se reunían, las vacaciones en familia...

“¿Daría todo por volver a tener esa clase de familia!” Quizás Nicolás podría hacer la paz con Jéssica. Después de todo, en muchas ocasiones habían soñado de tener hijos y disfrutar el resto de su vida juntos. Quizá podría pedirle perdón y

comprarle flores.

Tras decidir lo que haría, Nicolás se recostó en el sillón para tomarse el último trago de cerveza. Sin embargo, su ansiedad no se apaciguaba. “¿Qué tal Jéssica todavía se niegue a hablarme?”

Desechó el pensamiento inquietante. Era más fácil recordar el pasado que enfrentar el presente. Nicolás volvió a pensar en el hogar de su niñez: una estructura familiar bastante tradicional e incluso anticuada. Con apenas una hermana y un padre que ganaba lo suficiente para mantenerlos, él no tenía por qué quejarse. Su madre asistía a la iglesia cada domingo y, aunque su padre se quedaba en casa mirando televisión, él estaba de acuerdo que su esposa e hijos necesitaban de la religión. Así que, cada domingo Nicolás y su hermana iban con su madre a la iglesia. Aunque habían pasado los años, todavía recordaba algunos de los himnos y los versículos que habían aprendido en la escuela dominical.

Nicolás también se acordaba de sus dudas. Incluso en su niñez, él se había hecho la pregunta: “si la religión es tan importante, ¿por qué no la

necesita mi padre?” Nicolás había guardado una sospecha secreta de que Jesús era para las mujeres y los débiles.

Entonces, cuando Nicolás tenía apenas doce años, su mundo pequeño y acogedor de repente se desmoronó.

Nicolás y su hermana habían regresado de la escuela una tarde y encontraron la casa cerrada. No había nadie. Su madre había desaparecido. Sin que la familia lo supiera, ella había tenido una aventura con un hombre de su iglesia, y ahora les dejaba una carta donde informaba que se había marchado para “empezar una nueva vida”. Una vida que no incluía ni a Nicolás ni a su hermana.

Aunque habían pasado muchos años, Nicolás todavía sentía la agonía de aquella noche. Se acordaba de cómo se acurrucaba bajo las mantas, sollozando hasta quedarse dormido. Durante las siguientes semanas, había existido en una niebla de miseria y confusión. Finalmente, el entumecimiento que sentía de haber sido traicionado por su madre había dado lugar a un amargo resentimiento.

En aquel entonces, Nicolás había aprendido algunas cosas. En primer lugar, todo lo que mamá le había enseñado acerca de un Dios amoroso era mentira. Ella le había enseñado a orar, lo hacía memorizar versículos bíblicos y le había rogado que asistiera a la iglesia. Ella decía que tenía una maravillosa “relación personal con Dios”. Con todo esto, ¡ella había abandonado a la familia! Desde entonces, Nicolás dejó de creer en Dios. Aun si existía un Dios, ¡sin duda no era el que adoraba su mamá!

Nicolás nunca había tenido una relación estrecha con su padre, ni después de que su madre los abandonó. Para ocultar su soledad, había invertido su tiempo y energía en el estudio. Siempre le habían encantado las computadoras, y durante los siguientes años persiguió esa pasión hasta obtener la licenciatura en informática. Sonrió al acordarse de lo orgulloso que había estado al recibir su título. Sin embargo, su sonrisa se desvaneció al recordar cómo había presentado solicitudes de empleo, una tras otra, sin éxito. Aun así, había enfrentado el futuro con optimismo. Había aceptado

un empleo en el servicio de correos, confiado de que algún día hallaría la carrera bien remunerada de sus sueños. Mientras tanto, había decidido sacarle el mayor placer posible a la vida.

“Eso fue hace tres años”, pensó Nicolás con cierta sorpresa. Levantó el reposapiés del sillón reclinable. “¿Por qué las cosas no están saliendo como había planeado?” Frunció el ceño.

Hizo a un lado sus dudas y volvió al problema del presente. ¿Cómo podría tranquilizar a Jéssica? Ella pronto llegaría a casa, y él la conocía lo suficiente para saber que el asunto no iba a ser fácil. Al dirigirse a la cocina por otra cerveza, de repente pensó en Eric, su mejor amigo. ¡Por supuesto! ¿Por qué no había pensado en él antes? Siempre había podido confiar en los consejos de Eric. Sin duda tendría buenas ideas. El rostro de Nicolás acusó complacencia cuando pensó en su amigo. Él rápidamente sacó el teléfono del bolsillo. Con la ayuda de Eric hallaría una solución antes de que Jéssica llegara a casa.

En eso vio la carta.

Estaba a plena vista en la mesa, sin embargo, en

su ansiedad, la había pasado por alto. La tomó y leyó el mensaje a toda prisa.

Nicolás:

Anoche al estar acostada, reflexioné sobre nuestro tiempo juntos y lo que dijiste. Concluí que he sido necia al permanecer contigo todo este tiempo, así que te dejo. Tomé el dinero que estábamos ahorrando para los planes futuros. Si no te parece justo, acuérdate de quién pagó los sillones donde estás sentado. Según yo, lo veo justo. No olvides que la fecha de pago del alquiler se cumplió la semana pasada.

Ya que pronto te darás cuenta, te lo diré de una vez: Eric y yo hemos estado saliendo durante los últimos meses, y él ha estado tratando de convencerme de que viva con él. No estaba segura de qué hacer... hasta anoche.

—Jéssica

CAPÍTULO DOS

LA INSISTENCIA DE LA ALARMA finalmente penetró la niebla que envolvía a Nicolás. Con un gemido se dio vuelta en la cama, buscando con los dedos el botón que silenciara la intrusión inoportuna. “¡Por fin!” Con un punzante dolor de cabeza, Nicolás se dejó caer sobre el suave colchón, tratando de concentrarse. “Realmente debo levantarme antes de que Jéssica tenga que recordármelo”. Subconscientemente había estado esperando su codazo insistente. Entreabrió los ojos y miró por encima de la almohada aplastada. ¿Ya se habría levantado?

Entonces el recuerdo de la perturbación de la noche anterior lo golpeó como una fuerte ola. Él había perdido a Jéssica. Y a Eric, su mejor amigo.

Nicolás salió tambaleando de la habitación,

apoyándose en la puerta. Con ojos soñolientos, observó el caos en la sala. Parecía una zona de guerra. El piso estaba lleno de papel y costra de pizza, una silla estaba volcada y las latas de cerveza decoraban cada superficie. Nicolás se frotó la frente. “¿Cómo habré hecho para llegar con bien al dormitorio?” Desalentado, apartó unas latas con el pie, y se dirigió al sillón reclinable. Se dejó caer en la cómoda suavidad, recostó la cabeza, cerró los ojos y trató de ignorar el incesante dolor de cabeza y la náusea de la enorme resaca.

Miró el reloj con los ojos entrecerrados. Si no se apuraba, volvería a llegar tarde al trabajo. Con todo, ni le importaba. Cuando su mente volvió a la conciencia, todo el dolor del que había escapado brevemente la noche anterior le volvió con ímpetu. La vida no había parecido nunca tan oscura.

Nicolás había experimentado la desilusión antes. Cuando su madre lo había abandonado, sintió que nunca se iba a recuperar. Sin embargo, mientras sollozaba en la almohada, sintió cierto consuelo esa vez al saber que su hermana experimentaba lo mismo en la habitación contigua. En cambio, esta vez era diferente. Esta vez él estaba totalmente solo.

Sus dos mejores amigos, las únicas personas en la tierra en quienes confiaba, lo habían traicionado. Él no tenía otras relaciones íntimas. Hablaba con su padre solo una o dos veces al año, y su hermana no había hecho contacto con él desde que se graduó de la universidad.

Por primera vez en la vida, brevemente contempló el suicidio. ¿Por qué no suicidarse? ¿A quién le importaría? Entretuvo el pensamiento y calculó las ventajas y desventajas de distintos métodos. Mecánicamente se levantó y se dirigió al baño lentamente. La muerte era algo tan definitivo. ¿Debía tomarse más tiempo para considerar otras opciones? Era viernes, y tenía el sábado libre. Si lograba superar el día, podría pensarlo durante el fin de semana.

Después de recoger su saca en la oficina de correos, Nicolás comenzó a repartir el correo en su ruta. La rutina, ver a los conocidos en cada lugar de entrega, combinada con la actividad física de caminar, parecían calmarle el dolor y ayudarle a olvidar las circunstancias. Sin embargo, cuando se subió a la bicicleta después del trabajo y se dirigió a casa, recordó las palabras que Jéssica le había escrito. Pedaleó más rápido, tratando de escapar de

su enojo y desesperación.

Nicolás entró en una tienda, compró un sándwich y luego salió. Cerca del lugar donde tenía estacionada la bicicleta estaba un joven sonriente, que obviamente esperaba a alguien.

—¿Qué tal? ¡Te ofrezco algo que sin duda debes leer! — el joven le alcanzó un papel a Nicolás.

Nicolás les echó un vistazo a las palabras en la portada del tratado:

—“¡Cristo es la respuesta!” —se molestó por la ingenuidad—. ¿No crees que es una necedad darles respuestas a las personas sin antes determinar sus preguntas? Si yo me acercara a ti y te dijera que la respuesta es cinco sin escuchar ni entender tu pregunta, ¿no creerías que estoy fuera de mi juicio cabal?

Nicolás negó con la cabeza y se subió a la bicicleta. Sin embargo, el joven no había terminado. Ignoró la respuesta de Nicolás y siguió diciendo con alegría:

—Amigo, ¿sabes que Dios te ama y que tiene un gran plan para tu vida?

Nicolás se llenó de furia. Tenía ganas de sacudir al joven hasta desvanecerle la sonrisa. Después, le

destrozaría sus ideas preconcebidas y le demostraría cuán débiles eran sus argumentos. ¿Cómo podía este joven, probablemente apenas bachillerado, presumir que entendía las complejidades de su situación y luego repartir bonitos papeles que supuestamente proporcionarían una solución?

Nicolás suprimió su deseo de responderle mientras puso en marcha su bicicleta. Respondió secamente por encima del hombro:

—No, gracias. Tengo mi propio plan para mi vida.

Nicolás pedaleó contra el viento y volvió a pensar en la interacción. Los religiosos a veces eran tan ignorantes. ¿Cómo podían ser tan ciegos? A la luz de todas las pruebas al contrario, ¿cómo podía ese joven aún creer en Dios? ¿Especialmente en un Dios de amor? Nicolás suspiró. El mundo estaba lleno de problemas y dolor. Si este Dios maravilloso en verdad existía, ¿por qué no solucionaba nada? ¿Por qué las personas deberían repartir papelitos para tranquilizar a otros con una mentira que los haga sentirse bien de un Dios que los ama? Luego suponen que todo está bien. “¡Estas personas deberían estar encarceladas por hacer propaganda!”

Todavía enojado, Nicolás llegó a su apartamento. ¿Qué debía hacer ahora? ¿Sentarse solo a mirar televisión? ¿Buscar alguna estúpida sala de chat y comunicarse con otras personas solas y egocéntricas?

Nicolás abrió de golpe la puerta a las escaleras y comenzó a subir. Estaba en la primera rellana cuando la rueda trasera de la bicicleta se enganchó en la baranda y la bicicleta cayó hasta el piso de madera abajo. Nicolás maldijo, volvió a bajar las escaleras y se agachó para observar el daño. Varios de los rayos estaban torcidos con ángulos extraños. El cable de freno se había roto.

Nicolás pateó el último escalón. Ni siquiera había terminado de pagar la bicicleta, y ahora, por su propio descuido, estaba tan dañada que no podía repararla. “¡Qué fin más apropiado para una terrible semana!” pensó. “Cada vez que creo que las cosas no pueden empeorar, ¡se empeoran! Así se desvanecen mis planes de una tranquila mañana el sábado para contemplar mi futuro. Al contrario, tendré que visitar el taller de bicicletas de Andrés”.

CAPÍTULO TRES

COMO TRABAJADOR de correos, Nicolás tenía una vista íntima de la vida de las personas de su comunidad. Las revistas y los catálogos que recibían, la frecuencia de sus vacaciones e incluso la cantidad de correo revelaba mucho. Nicolás tenía mucha curiosidad en cuanto a la vida personal de Andrés, el reparador de bicicletas, que vivía en un apartamento encima de su pequeño taller. Andrés recibía una cantidad extraordinaria de correo. Y la mayoría no eran folletos ni anuncios; eran correspondencias privadas de diversos lugares. Nicolás no tenía otro lugar de entrega semejante a este.

Temprano al día siguiente, Nicolás llevó la bicicleta las tres cuadras hasta el taller de Andrés. Ya que él no tenía contacto con Andrés aparte

de saludarlo cada día cuando le dejaba el correo, Nicolás realmente no sabía mucho de él; sin embargo, el hombre se veía amigable y atento.

Cuando entró en el taller, Nicolás vio que Andrés hablaba con una anciana en el fondo. Ninguno de los dos notó su presencia, así que Nicolás colocó la bicicleta contra la pared y comenzó a mirar los accesorios de ciclismo. Él había querido cambiarle el asiento a su bicicleta. Mientras comparaba las opciones en la pared, Nicolás lograba escuchar la conversación que se llevaba a cabo en el fondo del taller. La señora contaba sus problemas personales. Sus palabras, aunque calladas, se distinguían fácilmente en el taller vacío. Irónicamente, hacían eco de sus propios pensamientos.

— A veces me pregunto por qué debería seguir viviendo. ¿Por qué no me tomo un montón de analgésicos para acabarlo todo?

Nicolás se acercó por curiosidad.

»Yo no le hago falta a mi familia. Mis hijos ni siquiera me llamaron en Navidad. Jimmy murió hace más de cinco años, y solo tú me visitaste la última vez que estuve en el hospital.

En el taller reinó el silencio. Andrés, que colocaba repuestos en los estantes, se quedó callado.

—Quizá si tuviera dinero o si dejara una herencia, las personas se preocuparían.

Nicolás comprendió que estaba escuchando a escondidas, y se sintió un tanto culpable. No estaba seguro de qué hacer. ¿Debía arrastrar los pies o toser para hacer saber que estaba allí? Sin embargo, quería oír el resto de la conversación. Esta señora expresaba en palabras su propia soledad y rechazo. Nicolás se fijó en la exhibición de botellas de colores y se preguntó cuál sería la respuesta de Andrés.

Más bien, la señora continuó:

—Sé lo que vas a decir. Que Dios me ama y se preocupa por mí, y que yo debo conocerlo y confiar en él. Por alguna razón, cuando hablo contigo, Dios parece ser muy real. Sin embargo, cuando llego a casa, él se siente muy distante.

Ella hizo una pausa antes de seguir:

»Todavía tengo la Biblia que me regalaste. Quizá deba tratar de leerla. No sé qué más hacer.

La voz triste de la mujer se disipó cuando ella

lentamente se volvió y dio un paso hacia la puerta principal, pero Andrés la detuvo:

—Espera.

Él se fue hasta el área de trabajo y regresó con un platito de galletas. Se lo entregó y le dijo en voz baja:

—Toma un cariñito. Una de las familias de nuestra iglesia nos dejó estas galletas, y nos han dado mucho más de lo que necesitamos. Solo recuerda que eres amada y no estás sola.

La señora se mostró contenta cuando aceptó el plato, pero protestó:

—Siempre me regalas algo. ¡No puedo seguir aceptando obsequios!

Fue entonces que Andrés logró ver a Nicolás. En voz baja le dirigió unas palabras a la mujer. Cuando ella se fue, él le preguntó a Nicolás:

—¿En qué te puedo servir?

Nicolás le enseñó la bicicleta. Entonces Andrés la llevó al fondo del área de trabajo, la colocó en un soporte y examinó el daño.

—Los frenos se pueden reparar, pero tendremos que mandar a traer rayos nuevos. —Andrés buscó

los repuestos en la computadora.

Mientras esperaba, Nicolás meditaba en la conversación que había oído. Evidentemente Andrés era cristiano, una de aquellas personas ignorantes que creen en un Dios que no pueden ver. La mujer había hecho buenas observaciones, aunque Andrés al parecer no tenía buenos consejos.

—Escuché la conversación con esa señora. Ella tiene grandes problemas. Sin embargo, en vez de darle soluciones, le diste galletas. ¿Qué va a hacer cuando se le acaben las galletas?

Nicolás había querido ser cortés, pero no pudo evitar hablar con sarcasmo. Esperó a ver cómo reaccionaría Andrés, pero cuando sencillamente reconoció las palabras de Nicolás con una breve sonrisa y siguió escribiendo. Nicolás siguió hablando con una sonrisa cínica:

»La verdad es que darle galletas es mejor que decirle que confíe en un Dios que no existe. Por los menos puede aprovechar las galletas.

Nicolás hizo otra pausa, preguntándose por qué Andrés no le respondía de la misma manera. Quizás Andrés notaba lo vacías que eran sus

palabras.

Nicolás se hizo a un lado cuando una mujer entró en el taller, puso un plato de comida en la mesa, intercambió unas palabras con Andrés y luego se fue. Andrés, que seguía trabajando en la computadora, no se mostraba inclinado a responder al argumento de Nicolás, por lo que Nicolás siguió con su alegato:

—Crear en un ser supremo suena maravilloso a muchos ingenuos. Sin embargo, cuando la vida se vuelve difícil, un dios ficticio no solucionará los problemas reales en la vida real de las personas.

Nicolás dejó su reto irresoluto. Andrés terminó su trabajo y luego respondió con calma, sin levantar la vista:

—Suena razonable. ¿Por qué confiar en algo que no existe?

Nicolás no supo responder, pero antes de que pudiese hablar, Andrés señaló su computadora:

—Hallé un lugar donde puedo conseguir los rayos, pero llegarán dentro de una semana o más. Tu bicicleta es de una serie limitada, y los repuestos son difíciles de hallar.

Por un momento, Andrés frunció los labios, pensativo. Luego se dio la vuelta en el asiento y miró a Nicolás a los ojos. Con obvia preocupación, le preguntó:

—¿Estás enfrentando problemas?

Esta pregunta inesperada sorprendió a Nicolás. Casi no conocía a este hombre. Por los cuadros en las paredes, se imaginaba que era religioso, aunque no actuaba como los otros fanáticos religiosos que había conocido. “Debo decirle que no se entrometa en lo ajeno”, pensó Nicolás. “Con todo, ¿por qué no le doy una dosis de realismo?”

Así fue. Nicolás le contó todos los problemas que enfrentaba. No dejó nada sin contar. Comenzó desde la escuela dominical y su experiencia con un Dios de ensueño, hasta relatarle la historia de su vida. Contó de cómo su mamá los había abandonado cuando se fue con un hombre de la iglesia, lo que llevó a Nicolás a la conclusión de que los cristianos eran hipócritas y que creer en un Dios era una conveniencia para los que no soportaban la realidad. Describió los planes que él y Jéssica habían hecho, de cómo su mejor amigo Eric lo

había traicionado y de cómo ambos lo habían abandonado. Ahora se encontraba solo, sin familia ni amigos.

Mientras hablaba con la voz cada vez más frustrada, Nicolás se paseaba por el pequeño taller. En eso señaló uno de los cuadros de la pared y concluyó:

—Mira ese cuadro disparatado que dice que Dios es bueno. ¿Bueno para qué? Si Dios existe, ¿por qué no hace algo? Tu Dios imaginario puede ser débil o puede ser malvado. Pero no trates de convencerme de que es bueno. Si existe, ¿no hace nada por mis problemas!

Nicolás ahora le gritaba a Andrés, y no había terminado:

»El propietario de mi apartamento me llamó ayer para preguntarme por qué no había pagado el alquiler. A él no le importa si mi novia, o más bien mi exnovia, me robó el dinero o no. Él solo quiere el dinero. ¿Sabes quién es? Es otro cristiano hipócrita. Tiene una pegatina en su Mercedes-Benz que dice así: “Los cristianos no son perfectos, ¡son perdonados!” Ahora vengo y me dices que

la bicicleta no tendrá arreglo hasta dentro de una semana. ¿Cómo iré al trabajo? Y cuando lo necesito, ¿dónde está ese Dios maravilloso y bueno en quien quieres que confíe?

Avergonzado y enojado porque había perdido el control, Nicolás rápidamente apuntó su información de contacto en una hoja, la tiró en la mesa y luego le dirigió una última amenaza:

»Llámame cuando hayas arreglado la bicicleta. Pero no me hables de un Dios bueno. ¡Tampoco me regales galletas!

CAPÍTULO CUATRO

NICOLÁS SE REÍA mientras se dirigía a casa. “¡Sin duda le hablé claro a Andrés! Ya que tiene un pequeño negocio y seguramente una esposa y familia que se preocupan por él, era hora de que Don Predicador oyera de unos verdaderos problemas”.

Sin embargo, no duró mucho riéndose. Sus problemas no se habían resuelto. Todavía necesitaba transporte para ir al trabajo el lunes por la mañana y también estaba el asunto del alquiler. El propietario le había dicho que necesitaba el dinero en pocos días, y Nicolás no recibiría el sueldo hasta finales de la siguiente semana.

Con la mandíbula tensa, subió las escaleras hasta su apartamento. Al llegar a la puerta, le llegó una notificación al teléfono. Lo sacó del bolsillo y leyó el mensaje:

“Te presto mi bicicleta la semana entrante, si eso te fuera de ayuda”. —Andrés

Era un pequeño detalle, pero la amabilidad inesperada golpeó a Nicolás como un puñetazo en el estómago, sacándole todo el enojo. Él sintió como si hubiera estado tambaleando por una habitación completamente oscura y llena de obstáculos, cuando de repente un rayito de luz le dio cierta esperanza. Andrés quizás era un religioso fanático, pero era buena persona.

Cuando se acostó solo en la cama esa noche, Nicolás fijó la vista en el techo al pensar en su interacción con el que arreglaba bicicletas. Había dos escenas que no podía borrar de la mente.

La primera fue la manera en que Andrés respondió. Sencillamente le había preguntado a Nicolás si estaba enfrentando dificultades. Nicolás había respondido con insultar la inteligencia de Andrés, ridiculizar sus creencias religiosas y burlarse de su amabilidad de regalarle un plato de galletas a una señora. Nicolás se movió incómodo. Si alguien lo hubiera tratado de esa forma, él la habría tenido jurada. Sin embargo, Andrés no había argumentado ni respondido ásperamente. Nicolás incluso

había notado que cuando terminó su diatriba, una lágrima le bajaba por la mejilla de Andrés. Deseaba haber hablado con más calma.

Sin embargo, la segunda escena le producía una mayor reacción a Nicolás. De hecho, solo pensarlo ahora lo enfurecía. Era el cartel que estaba en la pared sobre el escritorio de Andrés. Proclamaba:



Nicolás no sabía por qué el cartel lo enojaba tanto. Al estar acostado en la cama, trató de analizar sus sentimientos. ¿Era porque el cartel afirmaba con toda confianza la existencia de un Dios, aun careciendo pruebas científicas? ¿Era la suposición ridícula de que este supuesto Dios todopoderoso es bueno? ¿O estaba enojado sencillamente porque este hombre, con su vida fácil, ignoraba todo el dolor y el sufrimiento del mundo al encubrir todo con un cartel que proclamaba que todo está bien?

A Nicolás se le dificultó dormirse mientras daba

vueltas en la cama, y no se despertó hasta casi el mediodía. Hizo el intento de entretenerse con varias comedias, pero su mente siempre volvía a Jéssica. “Me pregunto qué estará haciendo. ¿Habrá alguna manera de redimirme? ¿Estará con Eric en este momento?” Alcanzó otra cerveza.

Llegó la mañana del lunes y Nicolás se halló mecánicamente atravesando otro día. Sin ninguna motivación aparte de entregar el correo, volver a una casa solitaria y rogarle clemencia al propietario, su ambición habitual había desaparecido. Esa noche subió cansadamente las escaleras con la bicicleta de Andrés, con la esperanza secreta de que el dueño se hubiera olvidado del alquiler.

No tuvo tal suerte. Antes de llegar al apartamento, vio el aviso pegado a la puerta. Nicolás lo arrancó al pasar por la puerta, colocó la bicicleta contra la pared y cayó sobre el sillón. Durante un momento se quedó sentado, posponiendo el problema, no queriendo ver el contenido. Él sabía lo que diría: “Si no puedes conseguir el dinero, tendrás que desalojar”. Los días de gracia se habían acabado y nada sería suficiente sino el dinero que faltaba.

Rompió el sobre y leyó el mensaje. Quedó

boquiabierto.

Nicolás:

Un hombre pasó hoy y pagó el alquiler del mes pasado. Quiso permanecer anónimo; con todo, estás al día con tus cuentas. Él dijo que quería ayudarte.

Te animamos a que no permitas que esto vuelva a suceder.

—Administración de propiedades All Star

Nicolás se frotó la frente. ¿Era una broma? ¿Quién había oído alguna vez que un donador anónimo le pagara el alquiler a otro? La única que conocía la situación de su alquiler era Jéssica. Su corazón dio un salto repentino. ¿Cambiaría de opinión? Pero no, el mensaje decía que fue un hombre. De repente, Nicolás se acordó de Andrés. ¿Sería él?

Nicolás volvió a bajar las escaleras y se dirigió al taller de bicicletas. Oyó que Andrés cantaba mientras trabajaba al fondo. Sin antes saludar, Nicolás se fue directo al grano:

—Andrés, ¿sabes algo de que alguien pagara mi alquiler?

—¿Pagar tu alquiler? No. Recuerdo que me

contaste que estabas en problemas, y que si no pagabas a tiempo, tendrías que desalojar. ¿Alguien te lo pagó?

—¡Sí! Cuando llegué a casa esta tarde, había un sobre pegado a la puerta, sin embargo, en vez de una orden de desalojo, decía que una persona anónima había pagado mi alquiler.

Ambos se miraron fijamente con el ceño fruncido. De repente, el rostro de Andrés acusó comprensión.

—¡Ah! Creo que quizás entiendo lo que sucedió.

—A ver, dime.

—Quizá. Varios de los hombres de nuestra iglesia en calle Cinco nos reunimos los domingos por la mañana antes del culto para orar. Oramos y compartimos nuestras necesidades y preocupaciones. Quizá no debí haberlo hecho, pero mencioné tu situación y algunos de los problemas que estás enfrentando. No di tu nombre, sin embargo, después de la reunión, uno de los hermanos me preguntó en privado si podía ayudarte en algo. Le conté de la situación con el alquiler, y él me pidió tu nombre y el número de tu apartamento. Eso es lo único que sé.

—¿Crees que él lo haya pagado?

—Es posible. No es extraño que sucedan tales cosas.

Un cliente llegó a la puerta principal y Andrés fue a atenderlo. Nicolás, anonadado, permaneció inclinado sobre el mostrador. ¡Qué increíble! ¿Pagarle el alquiler a un desconocido? Él nunca había oído semejante cosa. ¿Cuál era la reacción apropiada cuando un anónimo le pagaba el alquiler? ¿Actuar como si fuera normal? Sin embargo, lo que realmente lo extrañó fue la reacción de Andrés. Él ni siquiera estaba sorprendido. Solo dijo a la ligera que tales situaciones no eran extrañas. “¡¿Cómo que no?!”

Levantó la vista y una vez más contempló el cartel por encima del escritorio de Andrés. Andrés probablemente diría que se debía a algún Dios bueno. Nicolás sonrió con ironía. Él sabía que no era así. Quizás había algunas buenas personas en el mundo. Pero ¿un Dios todopoderoso y bueno? Si fuera verdad, muchas cosas en el mundo serían muy diferentes.

Mientras esperaba que Andrés se desocupara, Nicolás de repente comprendió que la

conversación que ahora se llevaba a cabo al fondo del taller no tenía nada que ver con bicicletas. Un niño hablaba seriamente con Andrés. Obviamente enfrentaba dificultades en su hogar. Él habló de que su padre los había abandonado. Su voz acusaba dolor.

Nicolás se sintió atraído por la conversación. Se identificaba con la agonía del niño que sollozaba mientras hablaba. Nicolás sabía exactamente cómo se sentía. Al oír la respuesta amable de Andrés, se estremeció de corazón. ¡Cuánto anhelaba haber tenido a alguien como Andrés con quien hablar cuando su madre lo había abandonado!

De regreso a casa, Nicolás tenía mucho en qué meditar. La historia del niño le había despertado emociones y recuerdos. Los comentarios cariñosos y considerados de Andrés le habían despertado la curiosidad. “No sé qué hacer con todo esto”, pensó, “sin embargo, una cosa tengo por cierto: ¡Andrés es diferente a cualquier fanático religioso que he conocido!”

CAPÍTULO CINCO

HACÍA MUCHO FRÍO el siguiente día que Nicolás repartía el correo. Las hojas comenzaban a caerse, y los días eran frescos y placenteros. Tanto había sucedido en los últimos días, y él apreciaba la oportunidad para pensar. Nicolás se preguntaba si Andrés había recibido una fecha de entrega de los rayos de su bicicleta, pero cuando le dejó el correo, había demasiados clientes para preguntarle. No podía sino preguntarse quién le había pagado el alquiler. Andrés dijo que asistía a la iglesia en calle Cinco, aunque eso no ayudaba mucho. Nicolás entregaba correo en esa zona y no recordaba haber visto ninguna iglesia allí.

Esa noche, pasó por el taller de bicicletas de Andrés de su regreso a casa. Al oír una conversación al fondo, Nicolás se dirigió hacia el área del

taller. Una madre y su pequeño hijo se despedían.

—No sé cómo agradecerte. ¡Esto significa mucho para nosotros en este momento! —dijo con palabras entrecortadas, mientras el niño emocionado empujaba su bicicleta nueva hacia la puerta.

—Cuídala bien y te durará mucho —le dijo Andrés al niño con una sonrisa—. Si en algún momento quieres bajarle el asiento, tráela. No es difícil de ajustarlo.

Los dos salieron de la tienda, pero el comentario emotivo de la mujer despertó la curiosidad de Nicolás. La gente por lo común no compra un producto para luego agradecerle al dueño entre lágrimas.

—¿Te agradecen todos tus clientes por permitirles comprar bicicletas en tu tienda?

Desde el escritorio, Andrés levantó la vista con una sonrisa y respondió:

—Ella es una bella persona, ¿verdad? —Luego, cambiando de repente el tema, le dijo—: Acabo de recibir un correo que dice que los rayos de tu bicicleta llegarán el fin de semana. ¿Te sirve la mía mientras tanto?

—Sí, me sirve muy bien.

Nicolás seguía con curiosidad de la mujer, y creía que había algo más. Sin embargo, también sabía que Andrés no le iba a dar más información.

—Gracias por informarme de los rayos.

Nicolás se dio la vuelta para irse, pero ese cartel absurdo le volvió a llamar la atención. Cada vez que entraba, el cartel lo incomodaba, y cuando trataba de dormir, le pasaba por la mente. Algo en su interior quería exponer lo absurdo del mensaje, sin embargo, dos factores lo detenían. Primeramente, le daba cierta vergüenza la manera en que había actuado la primera vez que se lo había mencionado a Andrés. Además, estaba confundido por cómo Andrés no se había molestado por la fuerza de sus argumentos convincentes. Nicolás tendría que cambiar su actitud antes de lanzar otro ataque. Después de todo, el comerciante había sido muy amable.

—Andrés, la primera vez que entré te grité y te falté el respeto. Perdóname. Supongo que estaba bajo tanto estrés que todo me salió mal.

Andrés levantó la vista con una sonrisa.

—No te sientas mal, Nicolás. Me alegro de que te hayas sentido cómodo en contar tus luchas. Todos tenemos dificultades y yo he dicho muchas cosas que luego me lamento. No creo que realmente hayas querido decir todas esas cosas, al menos no cuando tuviste tiempo de pensar lógicamente.

Nicolás temía que Andrés lo hubiera malentendido.

—Quiero ser claro. No es que no crea lo que dije acerca de la existencia de un Dios, pero debí haberme explicado sin gritar. Aunque sigo sin creer en la existencia de un Dios bueno, creo que es obvio para la mayoría de las personas que así piensan.

Con calma, Andrés cruzó el taller para tomar un papel antes de regresar al escritorio.

—No hay problema, Nicolás, y no guardo rencor. Sin embargo, ahora que te has calmado, ¿por qué no me explicas por qué no crees en la existencia de un Dios bueno?

Nicolás observaba a Andrés mientras trabajaba. ¿Realmente estaba preparado para un debate intelectual? ¿Nunca había estado expuesto a la verdad?

¿Le habían lavado el cerebro en la niñez sin haberle enseñado la evolución, la ciencia y las pruebas en contra de un Dios real? Quizá no estaba consciente de que los únicos que todavía creían en los mitos religiosos eran los necios que se negaban a enfrentar los hechos.

—Con gusto, Andrés, te puedo explicar por qué no creo en Dios. Primeramente, me interesa solo la verdad. No estoy creando un ser imaginario para satisfacer alguna necesidad interna. Me encantaría descubrir que existe un Dios que me ama. ¿A quién no le gustaría? Cada cultura ha inventado deidades imaginarias para satisfacer ese vacío interno. Sin embargo, el hecho sencillo de que todas las religiones se contradicen demuestra que la religión proviene de las personas, y no de la observación de los hechos. Tienes que comprender eso, Andrés.

El comerciante, que seguía trabajando en el escritorio, respondió tras una breve pausa:

—Entonces tu primer argumento es que las diferencias en la religión demuestran que Dios es producto de la imaginación del hombre. ¿Qué

más?

—Segundo, aunque existiera un Dios todopoderoso, como insisten los cristianos, no sería un Dios bueno. Observa el sufrimiento que hay en el mundo. Piénsalo, Andrés. Si pudieras acabar de inmediato con el dolor del mundo, ¿no lo harías? ¡Por supuesto que sí! Ustedes se reúnen los domingos en la mañana para orar a Dios y ¿qué le piden? Le ruegan que intervenga en la vida de las personas, ¿no? Alguien está enfermo, alguien pierde el trabajo y algún hombre se lleva a otra mujer. Todas estas cosas causan dolor, y te gustaría ponerle fin a ese sufrimiento, ¿no es así?

Andrés obviamente lo escuchaba, pero como no respondió, Nicolás siguió:

»Sin embargo, también dices que este Dios ya conoce todo y tiene control absoluto. Él podría sanar a los enfermos, solucionar todos los asuntos de trabajo y reconciliar todas las relaciones rotas. Con todo, ¿no lo hace! ¿Quieres que crea en tal Dios? Incluso si existe Dios, obviamente no ama a las personas tanto como tu pequeño grupo. Por los menos ustedes quisieran aliviar el sufrimiento.

Nicolás otra vez hizo una pausa, esperando una respuesta antes de seguir:

»Quizá no habías pensado en todo esto. Lo comprendo. Recuerda, yo me crié en un hogar cristiano, y no fue sino hasta que me escapé del lavado de cerebro de mi madre que comprendí la verdad. Estoy seguro de que tus padres también te lavaron el cerebro, y quizá no has experimentado el dolor que otros han sufrido. No todos hemos tenido las mismas experiencias. Es posible crecer en un ambiente cálido y cómodo y sacar toda clase de conclusiones de un Jesús amoroso. Sin embargo, ya no eres niño. Es hora de que mires la cruda realidad de la vida, Andrés.

Entonces, señalando el cartel, agregó:

»En especial antes de poner declaraciones insignificantes de que Dios es bueno.

Durante un momento, Andrés no dijo nada. Luego, miró el reloj y comenzó a guardar papeles.

—Gracias por contarme eso, Nicolás. Aprecio tu sinceridad y me gustaría oír más. Sin embargo, le prometí a mi esposa que llegaría lo antes posible. Tengo una idea, ¿qué te parece si nos vemos

mañana por la tarde en la pizzería? Siento que hay más que quisieras decir y quizá también te interesaría oír un poco de mi historia. —Entonces, con una sonrisa, el propietario del taller concluyó—: Quizás hasta te explique por qué ves ese cartel allí.

CAPÍTULO SEIS

NICOLÁS PUSO A CALENTAR en el microondas una comida congelada y se fue a bañar. “Me pregunto qué estará cenando Andrés esta noche”, pensó al momento que se comía la pasta insípida. Cuando salía de la tienda de bicicletas, una mujer había entrado con un plato de algo que olía delicioso. Nicolás dejó de comer y se quedó mirando al vacío. Varias veces había notado que ciertas personas entraban en la tienda con comida. ¿Por qué traían tanta comida?

Nicolás sonrió. Un misterio más en la vida de este comerciante extraño.

La siguiente noche, Nicolás se puso nervioso cuando llegó a la pizzería de Mario. Su única interacción con Andrés había sido en la tienda de bicicletas, por lo que le pareció extraño encontrarlo

en este ambiente. Sonrió con ironía. No acostumbraba a cenar con religiosos bienhechores. Sin embargo, tenía curiosidad del pasado de Andrés. ¿Por qué había escogido creer en algo que la sociedad —al menos el sector de pensadores— había rechazado? Quizá tenía buenos padres religiosos a quienes no quería desilusionar.

Andrés llegó unos minutos tarde, y se acomodaron en una mesa esquinera. Nicolás esperaba que Andrés estuviera preparado para argumentar algún tema de la noche anterior, sin embargo, no se mostraba precisado. Más bien, le preguntó a Nicolás cómo le había ido ese día. Le preguntó cómo se sentía desde su separación con Jéssica y cómo le iba en el trabajo. Nicolás no estaba seguro de cómo sucedió, pero las preguntas amables de Andrés hicieron que hablara francamente de su soledad y resentimiento. Se sorprendió de lo cómodo que se sentía al hablar con Andrés y, cuando llegó la pizza, Nicolás de repente notó que Andrés no había revelado nada de su propia vida.

Nicolás agarró una segunda porción de pizza.

—Entonces, Andrés, tú me sigues preguntando

en cuanto a mi vida, pero ¿qué tal tu vida? Tú sigues creyendo que Dios existe, aunque gran parte del mundo ha dejado atrás esos mitos. ¿Por qué insistes en ignorar las pruebas científicas? ¿Tuviste padres persuasivos o un maestro de escuela dominical excepcional?

Andrés se rio mientras se limpiaba la boca.

—No. Sabes, Nicolás, yo jamás asistí a la escuela dominical. Nunca asistí a ninguna iglesia hasta que fui de tu edad.

—¿Cómo, Andrés? ¿Ni siquiera en la Pascua o la Navidad?

—No, pero quizá deba comenzar por el principio. Yo crecí en un hogar donde se burlaban de la religión y la consideraban un bastón para aquellos que no eran capaces del pensamiento racional. De hecho, si yo hubiera cerrado los ojos aquella tarde cuando expresabas tu escepticismo, habría estado otra vez en la casa escuchando a mi padre. Él odiaba la religión, especialmente el cristianismo. Desde pequeño me enseñaron el darwinismo, el naturalismo y el humanismo. Mi padre quiso que creciera sin la influencia de enseñanza

religiosa y, mejor dicho, lo logró.

—Pero ¡eso es imposible! ¿Cómo puede alguno llegar a creer en Dios sin que alguien le inculque esa ideología?

Andrés se limpió las manos.

—Permíteme seguir. Todos aquellos que impactaron mi vida: los profesores, los amigos y, por supuesto, los padres, estaban en contra de la religión. Todos se reían del concepto de Dios. Me enseñaron a amar la ciencia. Además, me enseñaron que todas las respuestas se hallan en la ciencia; que depende de lo tangible, en lugar de en las religiones locas que enfocan lo invisible. Irónicamente, fue en la clase de ciencias que experimenté las primeras dudas. El profesor de octavo hablaba del universo en expansión. Explicó una vez más que todo comenzó con una gran explosión. Me imaginaba una explosión incomprensible y, entonces, probablemente porque me enseñaron a dudar todo, comencé a pensar en la causa. En otras palabras, nos enfocamos en lo que sucedió después de la explosión, pero ¿qué fue lo que unió las fuerzas para crear la explosión misma? Quería saberlo.

Andrés se rio antes de continuar:

»Cuanto más lo pensaba, más absurdo me parecía que esta explosión sucediera sin causa. Me preguntaba qué sucedería si de repente hubiera una tremenda explosión afuera. Las ventanas del aula temblarían, los artículos volarían por los aires y el ambiente se llenaría de humo. Traté de imaginar cómo respondería el profesor si le dijera que la explosión no tenía causa. Sencillamente sucedió. Él no me habría creído, y si yo hubiera mantenido la postura, él me habría reprobado por una lógica imperfecta. Las explosiones no suceden sin haber una causa. Todo el mundo lo sabe; sin embargo, en la clase nos enseñaban que esta explosión gigantesca sucedió hace miles de millones de años sin causa alguna. ¡Sencillamente sucedió!

—Pero Andrés, el universo se está expandiendo y la única explicación concebible es que hubo una gran explosión.

—Nicolás, recuerda que solo te estoy contando mi historia. Déjame continuar. Lo siguiente con lo que tuve que lidiar fue con la precisión y el orden que surgieron de dicha explosión.

Andrés echó la cabeza hacia atrás y se rio:

»¿Alguna vez has visto una explosión? Me refiero a una explosión enorme. ¿Alguna vez has visto orden y precisión como resultado de esta? ¿Aunque sea una vez?

Nicolás negó con la cabeza:

—No, pero la ciencia no dice que el universo se ordenó tal como lo conocemos.

—Tienes razón. Nos dicen que se tardaron miles de millones de años para que las cosas gradualmente se desarrollaran y mejoraran. Sin embargo, a mi parecer como joven, esto hacía que la teoría fuese aún más absurda. ¿Observas que las cosas van mejorando con el tiempo en el mundo natural? Todo lo que producimos o desarrollamos inmediatamente comienza a deteriorarse, a no ser que alguien lo mantenga con diligencia.

—¿Te refieres al segundo principio de la termodinámica? — respondió Nicolás, pensativo.

—Exactamente. Y fue eso lo que me confundió. Por un lado, me enseñaban que las cosas evolucionaban y mejoraban con el tiempo, que este proceso evolucionario es tan poderoso que puede tomar

el caos de una explosión y hacer un universo hermoso e intrínseco. Lo único que hay que hacer es darle suficiente tiempo.

Andrés extendió las manos:

»Por otro lado, nos enseñaban lo opuesto. También debíamos creer que con el tiempo todo se deteriora. Cuanto más tiempo pasa y la tierra se somete a esta ley de la entropía, las cosas empeoran. ¿Entiendes por qué estaba confundido? Y, para empeorar el asunto, los profesores me decían que debía creer únicamente lo que se podía observar y comprobar. Yo observaba la ley de la entropía, pues estaba por todos lados. También veía la microevolución, como los virus se adaptan hasta resistir los antibióticos, pero no veía ejemplos de la macroevolución. No hallaba ningún caso confiable en que las criaturas cambiaran de una especie o clase a otra.

La pizza había quedado en el olvido, y cuando la camarera trajo la cuenta, de pronto notaron la hora.

»Antes de irnos, Nicolás, permíteme contarte un asunto más que tuve que tratar en mi juventud.

Imagínate que vives en una casa con muchas habitaciones. Cuando eres niño, puedes pasearte por la casa con toda libertad y tienes permiso de jugar en cualquiera de las habitaciones. Sin embargo, hay una excepción: tus padres te prohíben entrar en una habitación al fondo del pasillo. Puedes entrar en cualquier otra habitación y hacer lo que quieras. Ahora bien, jamás debes abrir la puerta al fondo del pasillo. ¿Qué te verías tentado a hacer?

—¡A mí me daría mucha curiosidad saber qué hay detrás de aquella puerta!

—¡Exactamente! En mi caso, esa puerta era la religión. Mis padres estaban encantados de verme explorar la ciencia evolutiva, el naturalismo, el humanismo, la filosofía... ¡lo que fuera! No importaba cuán absurda la teoría, creían que el estudio de todo eso era parte de recibir una educación completa. Con todo, insistían en que me mantuviera alejado de toda religión.

—¿Entonces te concentraste en la religión por curiosidad?

Andrés se echó a reír:

—Eso quizá tenga algo que ver con la razón de

que finalmente abrí la puerta y me asomé a esa habitación. Pero irónicamente, fue la enseñanza de mis padres que me obligó a entrar e investigar más a fondo. Desde el principio, me habían animado a pensar por mí mismo y a hacerme preguntas difíciles. “Sigue buscando”, me decían, “hasta que halles la verdad”. Obviamente no estaban contentos con el resultado de esa búsqueda. Sin embargo, yo no hallaba respuestas satisfactorias a mis preguntas acerca del origen del universo. Al escuchar a mis profesores y padres, noté unos vacíos importantes en su lógica. Ni siquiera millones o miles de millones de años responden a muchas preguntas difíciles en cuanto a los orígenes, como tampoco el hecho de que todos repiten las conclusiones ilógicas que les han enseñado. Mis padres me habían dicho que nunca diera por sentado que la mayoría tuviera la razón. Por tanto, el no hallar respuestas sólidas finalmente me obligó a buscar en otro lado. Finalmente, tuve que mirar detrás de aquella puerta.

Nicolás estaba sentado, anonadado. No era lo que había esperado. Él había estado seguro de que

Andrés fue convencido en su niñez. Más bien, habría apostado que así fue. Había mucho más que deseaba preguntar, sin embargo, no estaba muy contento con la dirección que llevaba el diálogo.

—Comprendo tu curiosidad, Andrés. Sin embargo, el hecho de que hayas encontrado vacíos en la evolución no demuestra que exista Dios. Quizá la ciencia finalmente descubra la causa de esa tremenda explosión.

—Tienes razón. El hecho de que encuentres faltas en la teoría de otro no significa que tu propia teoría sea lógica o correcta.

Miró el reloj.

—Tengo que irme, pero volvamos a reunirnos a hablar.

Andrés se levantó de la mesa. Dejó la propina y miró a Nicolás con una sonrisa maliciosa:

»Y quién sabe, ¡quizá terminemos hablando del por qué tengo ese cartel que te desagrada!

CAPÍTULO SIETE

NICOLÁS SE SENTÍA un tanto desconcertado mientras reflexionaba en el diálogo que había tenido con Andrés la noche anterior. ¿Sería posible que Dios fuera el causante del universo? Se abrochó el abrigo para protegerse del viento otoñal y trató de eliminar el pensamiento inquietante. Sin embargo, ¿se explicaban el orden y el detalle del universo con una enorme explosión, la selección natural y la supervivencia del más fuerte? Además, recordó la manera en que Andrés había llegado a sus conclusiones. Había llegado a creer en Dios como el Creador al observar cuidadosamente los hechos y desafiar el estatus quo.

Al observar los cambios esperados que traía el otoño, Nicolás entendía cómo alguien podría concluir que existía un Diseñador. Recordó las dudas

de su juventud de cómo las cosas increíblemente complejas como el ojo humano nada más pudieran haber evolucionado. Sin embargo, algo dentro de él se rebelaba ante la creencia de que el Diseñador fuese intrínsecamente bueno. Había visto demasiado dolor y sufrimiento humano como para aceptar esa creencia.

Al reflexionar solo, de repente notó que se le acercaba una bicicleta. Al bajarse de la acera para permitir que pasara, reconoció al niño que le había comprado la bicicleta a Andrés.

—Hola, ¿te gusta la bicicleta nueva?

El niño se detuvo y respondió con una sonrisa:

—¡Sí, es maravillosa! Oye, te vi en la tienda de bicicletas.

Nicolás le preguntó:

—¿Habías anhelado una bicicleta desde hace tiempo?

—Sí, pero mi mamá no tenía con que comprarla. Es una historia larga. —El niño bajó la vista y arrastró la zapatilla deportiva en la acera.

—Mi papá se fue de la casa hace tiempo. Se fue con otra mujer, y ahora mi mamá tiene que salir a

limpiar casas y hacer otros trabajos para pagar las cuentas. Mamá quería que yo tuviera una bicicleta para que trabajara haciendo mandados y así le ayudara a ganar un poco más de dinero. Dijo que todos tendríamos que trabajar para que el dinero alcanzara. Yo estaba dispuesto a trabajar, pero no podíamos comprar la bicicleta. De alguna manera, Andrés se enteró del asunto, y me regaló esta. Él asiste a aquella iglesia en calle Cinco. ¿Alguna vez has asistido allí?

Nicolás negó con la cabeza y el niño siguió hablando:

»Nosotros tampoco, pero son muy buena gente. Mamá dice que no sabe cómo habríamos sobrevivido sin ellos. Nos llevan comida y otras cosas que necesitamos. Hasta ropa nos llevaron. Bueno, tengo que irme. Mi mamá me está esperando. ¡Chau!

Con las manos en las caderas, los ojos de Nicolás siguieron al niño que avanzaba por la acera. Él ya sabía que Andrés era demasiado generoso. Incluso sabía que también había otro hombre generoso que le había pagado el alquiler. Pero ¿un grupo

entero de personas como Andrés? ¿Quiénes eran estas personas? Nicolás sacudió la cabeza y siguió repartiendo el correo.

El sábado por la tarde, Nicolás otra vez se encontraba en el taller de Andrés. Andrés quería quedarse cerca de la casa por si su esposa necesitaba ayuda, así que había comprado comida china y había invitado a Nicolás a cenar. Nicolás no conocía a la esposa de Andrés. De hecho, sabía muy poco de la vida personal de Andrés aparte de lo que le había dicho en la pizzería. Cuando los dos hombres se sentaron junto a una mesa de trabajo para comer, Nicolás estaba resuelto a descubrir más del misterio oculto detrás de este comerciante.

—En la pizzería me explicaste en breve por qué decidiste abrir la puerta de la religión y echar un vistazo. Como sabes, no estoy convencido de que haya pruebas de la existencia de Dios; sin embargo, tu historia me intriga. Hay dos preguntas específicas que he estado meditando. Primeramente, ¿cómo decidiste que Dios, si es que existe, es bueno? En otras palabras, si existe, ¿cómo puede ser bueno al ver que permite dolor y sufrimiento?

En segundo lugar, de entre todas las religiones que existen, ¿por qué escoger el cristianismo? ¿Cómo sabes que el cristianismo de la Biblia es verdad?

—Muy bien, Nicolás, pero déjame comenzar con tu segunda pregunta: ¿por qué el cristianismo, y cómo sé que la Biblia es verdad?

Andrés puso a un lado su comida y se apoyó contra la pared.

»Si nunca has tratado de abrir la puerta a la religión, ¡el primer vistazo te puede parecer abrumador! Es difícil saber por dónde empezar, así que decidí prestarle debida atención a cada religión. Sin embargo, hay algo que quiero dejar claro antes de seguir, Nicolás: todavía no puedo comprobar la existencia de Dios.

Nicolás lo miró sorprendido:

—Creí que eso era lo que ibas a hacer.

—Pues no es así. Únicamente puedo contarte mi experiencia, las pruebas que he considerado y por qué he escogido creer en Jesucristo. Permíteme hacerte la pregunta: ¿puedes comprobar que George Washington verdaderamente vivió? ¿Puedes comprobar que no son falsas las historias que leemos,

y falsos sus cuadros famosos? ¿Puedes comprobar que la casa en Mount Vernon era de él?

—Pues, no lo puedo comprobar, sin embargo, la historia señala que existió. ¡No hay duda de que vivió!

—Estoy de acuerdo, pero no lo puedes comprobar científicamente. Has tomado los hechos disponibles, los has considerado y has escogido creer. Así he hecho yo con Jesucristo. No puedo comprobar que viviera, muriera o que resucitara. Ni siquiera puedo comprobar que verdaderamente hubiera existido. Con todo, he considerado los hechos disponibles, he observado su impacto en mi vida y en la de otros y creo sin duda que él es quien dijo ser. A la vez, recuerda que no lo puedo comprobar.

—Ahora, ¿cómo llegaste a esa conclusión? ¿Y por qué el cristianismo sobre las demás religiones?

—Comencé con una premisa. En su mayoría, vivimos en un mundo de lógica y previsibilidad. Si siembras maíz, no cosechas tomates. Así que comencé mi búsqueda creyendo que el gran Diseñador, quienquiera que fuera, debió haber

tenido un propósito. Hay algo detrás de toda esta complejidad. ¿Me entiendes?

—Te escucho. —Nicolás se esforzó por mantener un lenguaje corporal relajado para ocultar su creciente incomodidad.

—Sigues mencionando el sufrimiento humano, y yo también he luchado con eso. El hombre siempre ha luchado con el sufrimiento, y cada religión tiene su propia interpretación de este. El naturalismo, que me enseñaron en la niñez, dice que todo es un accidente. El sufrimiento trae mala suerte, pero no tiene significado. Las religiones orientales insinúan que el sufrimiento es solamente una ilusión, así que lo mejor que podemos hacer es hallar maneras de ignorarlo. Las cosas malas nos suceden por un karma malo que hemos acumulado de la vida pasada, por lo que finalmente somos responsables por el dolor que experimentamos. En eso no hay mucho consuelo. El budismo enseña que el mayor nivel que se puede lograr es el nirvana, o un lugar donde no existen ni el sufrimiento ni el gozo. No existe la maldad, pero tampoco existe el gozo. Eso parece ridículo. ¡Imagina a un Dios de

propósito diseñando un universo tan malo que lo mejor que se puede hacer es escapar!

Nicolás se encogió de hombros y miró hacia el piso del taller.

—No sé. Quizá Buda tenía razón. Hay momentos en que alcanzar un lugar donde no hay nada puede sonar bastante bien. Pero sigue.

—El islam enseña que todo, incluidos el dolor y el sufrimiento, es causado por Alá. Aseguran que él es la máxima fuente de todo lo que conocemos. Es omnisciente y nuestro deber es sencillamente someternos a su voluntad. No es muy buena explicación.

Andrés hizo una pausa para organizar sus pensamientos.

—En pocas palabras, descubrí que todos los intentos de estas religiones de explicar por qué existe el sufrimiento son muy faltos. En todos, Dios parecía distante y desinteresado. No parecía haber una explicación lógica, ni un propósito redentor para el dolor y el sufrimiento.

Andrés tomó un trago de su gaseosa antes de continuar:

—En el cristianismo hallé algo completamente diferente. El Dios de la Biblia no hace caso omiso de nuestro sufrimiento. Es todo lo contrario. Él no solamente reconoce el dolor y el sufrimiento, sino que participa en estos. ¡Eso fue sorprendente! Hallamos que Jesús, el Hijo de Dios, desciende a tierra con el hombre y llora con aquellos que sufren dolor, muestra compasión a los rechazados por la sociedad e incluso él mismo se deja golpear, rechazar y crucificar. Claramente, él quiso experimentar lo que su creación experimentaba en una tierra corrompida por el pecado del hombre. Esto parecía sobrepasar la imaginación humana: que Dios bajaría al nivel del hombre. Él es lo suficientemente grande para hacer lo que quiera, y aun así se preocupa tanto por el sufrimiento del ser humano. ¡Esto es increíble!

Los ojos de Andrés acusaban entusiasmo.

Nicolás nunca había oído tal explicación del cristianismo. Le llegaron más preguntas a la mente, pero no sabía por dónde comenzar. Juntó las manos sobre la mesa y alzó la mirada a Andrés:

—Con tu manera de explicar tu fe, empiezo a

mirarla con una perspectiva distinta. Con todo, aún tengo grandes dudas.

Andrés asintió:

—Te comprendo, Nicolás. Incluso después de todos estos años, tengo preguntas. Sin embargo, la Biblia nos asegura lo siguiente: al final todo se corregirá. La maldad se castigará, el bien se recompensará, y descubriremos que hubo propósito en lo que sufrimos. Comprenderemos que la verdadera intención de Dios era que el bien resultara del dolor y el sufrimiento.

Nicolás miró fijamente a Andrés:

—Me pregunto si podrías decir todo esto si estuvieras pasando lo mismo que yo. ¡Creo que no podrías tener esa opinión si estuvieras experimentando verdadero dolor y sufrimiento!

—Quizá no, Nicolás, pero quisiera que volvieras mañana. Realmente quiero que conozcas a mi esposa. —Andrés miró hacia el cartel—. Y ese cartel... Casi se me olvidó. Quizá finalmente te explique por qué lo fijamos allí.

CAPÍTULO OCHO

NICOLÁS DEJÓ EL CORREO en el taller de Andrés, y cuando se dirigió hacia la puerta, Andrés llamó a sus espaldas:

—No te olvides de venir esta noche. Llega a las seis para cenar con nosotros.

Nicolás respondió con una inclinación de la cabeza y una sonrisa. Realmente ansiaba la visita. Él disfrutaba sus conversaciones con Andrés y las reflexiones que producían. Sin embargo, Andrés había dicho poco de su familia. ¿Era su esposa también religiosa? ¿Tenían hijos? Andrés parecía tener más de cuarenta años.

Nicolás también sentía curiosidad por su iglesia en calle Cinco. Él había observado con cuidado, hasta había revisado el registro de correos, sin embargo, no había podido hallar nada. Esperaba que

esta noche hallara algunas respuestas.

Cuando Nicolás llegó esa noche, halló a Andrés terminando unas tareas de última hora. Andrés abrió la puerta del fondo, y le señaló las escaleras. Para sorpresa de Nicolás, oyó música. Al entrar en el pequeño apartamento de arriba, observó un grupo de ocho a diez jóvenes de pie alrededor de una cama de hospital, cantando con entusiasmo y gozo. Cuando terminaron el himno, los cantores se despidieron de la mujer que yacía en cama, saludaron a Andrés y a Nicolás con una inclinación de la cabeza y desaparecieron por las escaleras.

Nicolás los miró salir y luego volvió su atención en la inválida. El rostro de ella era demacrado y casi gris, sin embargo, le brillaban los ojos. Andrés se acercó a la cama.

—Teresa, este es Nicolás, mi amigo. Nicolás, te presento a Teresa, mi esposa y mejor amiga.

—Hola, Teresa, es un gusto conocerte —tartamudeó Nicolás—. No sabía que la esposa de Andrés está enferma. No debí haberle quitado las tardes contigo.

Teresa se rio ligeramente.

—Andrés no se hubiera perdido esos ratos contigo por nada del mundo. Siempre que se encuentra con alguien, vuelve y me da un reportaje completo. Eso me ayuda a saber orar por las personas de la comunidad. Y Nicolás, he estado orando por ti. Yo he luchado con el sufrimiento físico durante muchos años. Sin embargo, conozco por experiencia que el sufrimiento interno que estás pasando puede ser aún más intenso.

Nicolás no sabía qué responder. Siempre se sentía incómodo con los enfermos, y era obvio que esta mujer estaba muy enferma.

Andrés se dirigió a la cocina.

—Calentaré la comida mientras ustedes se conocen.

Teresa, al notar la incomodidad de Nicolás, siguió con la conversación.

—Andrés me dijo que no te había contado de mi situación, así que seguramente te sorprendes verme en una cama de hospital.

Nicolás le sonrió:

—Tienes razón. No lo esperaba.

Teresa continuó:

—Mientras él prepara la comida, te contaré mi historia. Andrés y yo nos conocimos en la universidad, y más bien, provenimos de orígenes similares. Sus padres enfocaban la educación y los míos el negocio y el dinero. Nos casamos con la esperanza y el sueño de formar una familia; deseábamos que nuestros hijos se sintieran amados y seguros. Soñamos con tener un bonito lugar en el campo donde los niños pudieran andar y disfrutar de la naturaleza.

Teresa se acomodó en la cama, y su rostro brevemente acusó el dolor.

—Creo que Andrés ya te contó la historia de nuestro viaje espiritual. Mi historia es muy similar a la de él. Poco después de que nos comprometimos a seguir a Jesús, me diagnosticaron con cáncer. Eso fue sumamente difícil. Para ese tiempo familiares nos habían desestimado, y nos sentíamos muy solos y abandonados. Después de recibir el tratamiento para el cáncer, me dieron la noticia de que no podría tener hijos.

Andrés entró con una bandeja de comida. Le sonrió a Teresa.

—Veo que no echaste a perder el tiempo. ¿Puedes pausar tu historia lo suficiente para comer?

Andrés acercó dos sillas a la cama, y él y Teresa inclinaron la cabeza mientras Andrés hacía una oración de agradecimiento. Él había hecho esto mismo en las otras ocasiones cuando él y Nicolás habían comido juntos, y aunque Nicolás no estaba acostumbrado a la práctica, observó que la oración parecía ser natural para Andrés.

Cuando terminó la oración, Nicolás dijo:

—Disculpa por hacerte tener que preparar comida, Andrés. Ni siquiera sabía que sabes cocinar.

—¡No sé cocinar! Pero no te sientas mal. Tenemos tanta comida congelada que necesitamos ayuda para comerla.

De repente, Nicolás entró en razón.

—¿Es esto una parte de la comida que las personas traen al taller? He estado tratando de entender lo que sucede. ¿Quiénes son esas personas?

Andrés le alcanzó un plato a Nicolás.

—Son personas de nuestra iglesia en calle Cinco. Nos mantienen bien abastecidos. De hecho, nos

traen más de lo que podemos usar y a veces tenemos que compartirlo con los demás.

—Ah, ¿y en qué parte de calle Cinco queda esta iglesia? Yo paso por esa calle todos los días y no he visto ninguna iglesia allí.

Andrés sonrió:

—Sí, sería algo difícil hallarla. Nos reunimos en el salón comunal en la esquina de la calle principal. Antes nos reuníamos en un sótano, pero con el crecimiento del grupo, tuvimos que alquilar un lugar más amplio.

—¿Y los jóvenes que estaban aquí cantando son parte de la iglesia?

—Sí. Ellos han sido de mucha bendición. El dolor de Teresa a veces es muy intenso, y sus visitas le proporcionan algo que esperar. Pero, Teresa, no has terminado de contar nuestra historia.

Teresa no parecía tener hambre; miró a Andrés y sonrió:

—Está bien. Trataré de contarla en breve. Sobreviví la primera ronda del cáncer, pero ha regresado en varias ocasiones. Cada vez me ha debilitado más, y esta vez lo tengo en los huesos.

Su mirada se posó con amor en su esposo mientras concluyó con alegría:

—Con todo, parece que esta será la última vez.

Nicolás se quedó desconcertado. Ella no se veía nada bien. Tenía los ojos hundidos y la voz débil. ¿Cómo podía estar tan segura de que se iba a recuperar?

—¿Entonces los médicos te dicen que tendrás una recuperación total?

—No, Nicolás, los médicos no me dicen eso. La semana anterior me informaron que no hay más que pueden hacer y que probablemente me queda poco tiempo de vida. El hospicio me cuida muy bien y Andrés ha sido maravilloso. A no ser por intervención de Dios, no me queda mucho tiempo en esta vida. ¡Sin embargo, tengo completa confianza en mi Dios!

No había nada en las creencias de Nicolás que lo prepararan para esto. Él estaba en la presencia de una mujer con una enfermedad terminal, sin embargo, ¡ella estaba contenta al enfrentar la muerte! ¿Eran estas personas realmente humanas? Le echó una mirada rápida a Andrés y se contestó

la pregunta. Las lágrimas le corrían por las mejillas. Sí, eran humanos, pero claramente poseían algo extraordinario.

Teresa, al notar la confusión de Nicolás, continuó:

—Nicolás, Andrés me ha contado de tus luchas internas acerca de Dios y específicamente tus preguntas en cuanto al dolor y el sufrimiento. Entiendo, y no puedo decir que todas mis preguntas han sido contestadas. Sin embargo, permíteme contarte algunos de mis pensamientos.

Todavía secándose las lágrimas, Andrés estiró el brazo y tomó a Teresa de la mano.

—He aprendido mucho de Dios y de mí misma a través del sufrimiento —dijo Teresa—. ¡Ha sido maravilloso! Ha servido de mucho bien. He observado a las personas que con amor traen comidas; con alegría me limpian la casa porque yo no he podido y demuestran la compasión de Jesús de tantas maneras que no puedo explicarlo. Y eso no es todo. Casi a diario recibimos tarjetas y cartas de personas que apenas conozco.

Nicolás escuchaba con asombro. “¡Por eso llega

tanto correo a este pequeño taller de bicicletas!”

Teresa notó su sonrisa.

—Disculpa el peso agregado a la saca de correos. Seguramente te preguntabas por qué recibíamos tantos correos. Y muchos de esos sobres contienen dinero o tarjetas de regalo de personas anónimas que quieren compartir el amor de Dios, pero no quieren ser reconocidas personalmente.

Una lágrima le corrió por la mejilla mientras miraba a Andrés antes de continuar:

—No intento minimizar el sufrimiento. Ha sido largo e intenso. Para mí, ya casi se acaba. Sin embargo, Andrés puede vivir durante muchos años todavía. Él tendrá horas de soledad. Ahora, entiendo esto: el mismo Dios que ha estado conmigo estará con él. La congregación que me ha apoyado lo seguirá apoyando a él. ¡Dios es tan bueno! No entiendo por qué tengo cáncer ni por qué él permite que sucedan ciertas cosas. No entiendo por qué nunca tuvimos los hijos que anhelábamos. Sin embargo, ambos hemos visto su bondad de tantas maneras maravillosas en el pasado, que estamos dispuestos a confiar el futuro y todo lo

que no entendemos en sus manos. ¡Dios es bueno!
¿Verdad que sí, Andrés?

Mirándola a los ojos, Andrés susurró:

—Así es, mi amor.

Teresa le secó una lágrima de la mejilla a su esposo. Entonces, mirando a Nicolás con una sonrisa traviesa, concluyó:

—Y para que no haya malentendidos, no fue Andrés el que colocó aquel cartel en el taller. ¡Fui yo!

CAPÍTULO NUEVE

TERESA MURIÓ tan solo una semana después. Nicolás, quien unas semanas antes no se hubiera imaginado presenciar un funeral cristiano, fue impulsado a asistir. Los vecinos dijeron que se llevaría a cabo en el gimnasio de una escuela. Nicolás se preguntaba por qué. De lo que Andrés le había dicho, el grupo que asistía a su iglesia no era muy grande. Nicolás se imaginaba que unas cincuenta o sesenta personas quizás asistirían al funeral. Sin embargo, se sorprendió al hallar el gimnasio casi lleno.

La señora que estaba sentada al lado de Nicolás había sufrido una pérdida económica hacía unos años. Entre lágrimas le contó cómo Teresa había pasado tiempo con ella en oración y cómo la había animado. Nicolás se movió, incómodo, pero

trató de escuchar con respeto. El hombre al otro lado tenía un hijo descarriado, y Andrés se había interesado en él. Nicolás observó a la multitud. ¿Tenían todos historias como estas? ¿Cómo pudo esta pareja impactar a tantas personas?

Después de un breve culto, la mayoría de las personas se dirigieron a pie al cementerio público que quedaba a pocas cuadras. Mientras caminaban, Nicolás les preguntaba a las personas cómo habían llegado a conocer a Andrés y Teresa. Parecía que todos tenían una historia que contar. Algunos contaban de las diferentes maneras en que Andrés les había ayudado, y otros contaban de cómo habían sido inspirados por la paciencia de Teresa a través de sus años de sufrimiento.

En todos los demás funerales a los que Nicolás había asistido, alguien pronunciaba algunas palabras mientras varios hombres austeros esperaban a la distancia con una excavadora, esperando hasta que la multitud doliente se alejara para poder terminar su trabajo. Esta vez era diferente. ¡Los hermanos de la iglesia cantaban himnos mientras llenaban la tumba con palas! Nicolás se encorvó ante el frío y

les observaba el rostro. Nunca había visto a nadie cantar sin temor al enfrentar la muerte. ¿Cuál era el secreto de esta gente?

Al volver a casa en su bicicleta recién arreglada, Nicolás reflexionó en lo que acababa de experimentar. En cierto modo, estas personas eran como todos los demás. Compartían lágrimas y abrazos. Obviamente iban a extrañar a Teresa y sentían la pérdida. Sin embargo, algo era completamente diferente. Aunque sentían dolor y desilusión, ¿tenían esperanza!

Nicolás tenía mucho en qué pensar en los siguientes días. Había oído explicaciones que desafiaban por completo sus creencias y había observado a alguien acercarse a la muerte con paz y gozo. Él no sabía qué opinar de todo aquello.

No tardó mucho en volver al taller de Andrés. Después de averiguar cómo Andrés enfrentaba su pérdida, Nicolás de manera vacilante prosiguió con sus preguntas.

—Andrés, he estado pensando en nuestras conversaciones, y me has dado algunas ideas profundas que considerar. Sin embargo, en mi

mente sigo formulando preguntas. ¿Por qué son ustedes tan diferentes? La mayoría de los cristianos comienzan con decirme que voy al infierno; me ruegan que acepte a Jesús y me dicen que, si hago una pequeña oración, todo se arreglará entre Jesús y yo.

Durante un momento, Andrés permaneció sentado con la cabeza inclinada antes de responder:

—Nicolás, no puedo hablar por los demás, pero ¿has considerado que quizá Dios se interesa tanto en traer el cielo a la tierra como en llevar a los hombres al cielo?

Nicolás frunció el ceño:

—¿Qué quieres decir con eso?

—Cuando Jesús vivió aquí en la tierra, no dedicó mucho tiempo diciéndoles a los hombres cómo entrar en el cielo. Eso no parece haber sido su mensaje principal. No me malentiendas, sí existe el cielo y el infierno. Sin embargo, es posible llegar a preocuparnos tanto con discusiones sobre la mejor fórmula para salvar a los hombres del infierno que pasamos por alto el mensaje principal de Jesús.

—¿Cuál era ese mensaje?

—Vuelve a reflexionar sobre las lecciones de la escuela dominical. ¿Recuerdas cómo Dios creó un mundo perfecto en el principio? ¿Qué sucedió después?

—Adán desobedeció a Dios y comió de cierta fruta prohibida

—Así es. El hombre se rebeló contra Dios y la relación entre ellos se rompió. Jesús vino a la tierra para restaurar esa relación perdida. Sin embargo, no vino solamente a decirles a los hombres cómo reconciliarse con Dios individualmente. Sus enseñanzas se centraban en algo que él llamaba el reino de Dios. Deseaba una sociedad de creyentes que interactuaran, se amaran y se preocuparan unos por otros y mostraran algo radicalmente diferente y precioso a un mundo quebrantado. Después de tu experiencia con los cristianos, esto te puede resultar difícil de creer. Con todo, vuelve a casa y lee el Nuevo Testamento. Fíjate en cuántas veces habló Jesús del reino de Dios.

Andrés hizo una pequeña pausa antes de continuar:

»Desafortunadamente, muchos han perdido

este mensaje. Pero Jesús vino a revelar la intención original de Dios para el mundo. Él vivió y le enseñó a la sociedad del amor que Dios siempre ha querido que sus hijos disfruten. Un mundo donde las personas se aman, no se enamoran del dinero ni las posesiones; son amables y tratan a los demás como ellos quisieran ser tratados.

—Yo creí que el mensaje principal del cristianismo era acerca de la muerte de Jesús para llevarnos al cielo.

—Eso es esencial para el mensaje. Jesús murió y resucitó triunfante sobre la muerte para que gocemos del perdón de pecados y una estrecha relación con Dios. ¡Pero eso es solo el comienzo! Él también desea darle el poder a cada ser humano para que viva como vivió él. Jesús vino para permitirnos participar en el gran reino que él promovió.

—Entonces, ¿qué hace la iglesia?

—Imagina el globo terráqueo, nuestro mundo, en completa oscuridad. —Con las manos, Andrés hizo una forma circular—. Imagina a los hombres viviendo en la oscuridad. Están desanimados, cansados e incapaces de levantarse de su situación

desesperada. Pasan cada día simplemente tratando de sobrevivir en medio de un ambiente sin esperanza. Todo esto es resultado de su desobediencia, pero no lo saben. Así que siguen a tientas en la oscuridad, llegando a toda clase de conclusiones erróneas de Dios.

—¿Como imaginar que un Dios todopoderoso no puede ser bueno? —preguntó Nicolás con ironía.

Andrés se rio.

—¡Exactamente! Tan lejos de la verdad, no pueden imaginarse a un Creador amable y benévolo. Ahora supongamos que el Creador quisiera cambiar esto. ¿Qué haría?

—No lo sé. ¿Quizás explicarles su intención original o enviar a alguien que les muestre algo diferente?

—¡Es correcto! Dios trató repetidas veces de explicarse a sí mismo. Envío profetas, demostró su poder a través de la nación de Israel y finalmente envió a su Hijo para darnos un cuadro correcto de sí mismo. Él abrió camino a su presencia por medio de la muerte y resurrección de Cristo.

»Cuando Jesús volvió a su Padre, quería que sus seguidores continuaran esta obra de reconciliar a las personas con el Padre. Se imaginaba pequeños grupos de personas redimidas y restauradas, como antorchas en este mundo oscuro, que irradiaran la luz del Padre. Las iglesias deben ser pequeñas comunidades de personas entregadas a su Señor y unas a otras, que atentamente siguen el ejemplo de Jesús y juntos lo demuestran ante un mundo oscuro. Cuando otros observan cómo viven estas personas, cómo reaccionan y cómo se aman entre sí, les llama la atención. En medio de una oscuridad egocéntrica, ¡estas personas resplandecen! Crían a sus hijos en un ambiente amoroso, cuidan a los discapacitados mentales y a los ancianos, comparten sus recursos económicos y demuestran amor abnegado de muchas maneras. Esta es una luz brillante en un mundo oscuro, y las personas que viven en la oscuridad lo notan. No pueden sino imaginarse cómo sería el mundo si todos tuvieran este poder y vivieran de igual manera.

Nicolás permaneció en silencio durante un momento antes de responder lentamente:

—Así me sentí yo al observar cómo tu iglesia cuidaba a Teresa. Sin embargo, Andrés, esto es lo que me confunde. Siempre encuentro personas que actúan como si lo único que importara fuera firmar un contrato, ponerse de pie en una reunión u orar. Si logran que te unas a su iglesia, de inmediato quieren tu dinero. Parece que siempre están acabando la construcción de un gimnasio o algo así, y buscan quién lo financie.

Andrés suspiró y asintió con la cabeza:

—Yo tuve la misma frustración en mi búsqueda de la verdad. No digo que es malo ser dueño de un edificio, sin embargo, por esa razón nuestra iglesia en calle Cinco ha decidido alquilar un local en vez de invertir mucho dinero y energía en un edificio.

—Pero si es verdad el cristianismo, entonces ¿por qué hay tanta hipocresía? ¿Por qué hay tantas personas como mi madre que pretenden una cosa mientras en secreto viven lo contrario? ¿Y por qué todos los pleitos y opiniones diferentes?

—Excelentes preguntas, Nicolás. Con todo, no permitas que estas preguntas impidan que busques la verdad. En mi búsqueda, el cristianismo me

recordaba a un río ancho y sucio. Las personas dentro del río les gritaban a las personas a la orilla, animándolas a lanzarse y unirse a la iglesia. Sin embargo, las personas a la orilla miraban la vida sucia de las personas dentro del agua y no estaban seguras. Veían la hipocresía. Si el evangelio no era suficientemente poderoso para cambiar la vida de las personas, ¿por qué lanzarse? Luché con esa pregunta cuando primero comencé a observar las religiones.

—¿Qué hiciste?

—Decidí investigar más a fondo. Volví a la Biblia y a los escritos de la iglesia primitiva durante los primeros doscientos años después de Cristo. Los primeros creyentes no hubieran reconocido como el Evangelio de Jesucristo gran parte de lo que se enseña hoy en día. Sin embargo, si estás dispuesto a buscar, puedes hallar respuestas buenas y sólidas a tus preguntas, incluso las que aún no has hecho. ¡La Biblia es un libro maravilloso!

Andrés señaló la Biblia que estaba en el escritorio.

—Todas las quejas que he oído acerca de Dios, todas sus aparentes injusticias, el hecho de que no

siempre responde cuando queremos, lo injusta que a veces parece la vida, todo esto está en la Biblia misma. ¡Imagínate la honradez de eso! Si yo escribiera un libro acerca de un dios imaginario, ¡sin duda no incluiría lo que me desagradara de él!

Nicolás se metió las manos en los bolsillos y miró fijamente hacia abajo.

—Pero si decidiera ser cristiano, probablemente tendría que dejar el alcohol y las fiestas, ¿verdad?

Andrés se levantó y cruzó el taller antes de volverse hacia Nicolás.

—Esa es una buena pregunta, Nicolás, y es verdad que es costoso seguir a Jesús. Sin embargo, esa no es la pregunta más importante para ti en este momento.

—¿Qué quieres decir? A ti te resulta fácil decir que esas cosas no son importantes. Sin embargo, ¡son mi razón de existir! ¿Cuál es la pregunta más importante para mí?

Andrés hizo una pausa un momento antes de responder:

—Nicolás, te animo a que sigas buscando a Dios. Por el momento, la pregunta que debes enfocar es

la siguiente: “¿Es Jesucristo realmente quien dice ser?” Entonces, cuando respondas esa pregunta, se aclararán las respuestas a las otras preguntas.

Nicolás se dio la vuelta, absorto en sus pensamientos.

LA HISTORIA DEL AUTOR

AUNQUE LOS PERSONAJES de esta historia son ficticios, las dudas que Nicolás expresó no lo son. Muchas personas que honradamente buscan la verdad se hacen preguntas similares. Todos estamos al tanto de que las cosas en nuestro mundo no están bien. Una voz interna nos dice que algo anda muy mal, y nos hacemos preguntas como: “¿Por qué las personas no se pueden llevar entre sí? ¿Por qué las relaciones entre humanos son tan difíciles? ¿Por qué aún existe la pobreza?” Los gobiernos y las organizaciones de ayudas han invertido miles de millones de dólares en ayuda humanitaria, sin embargo, el hambre continúa. ¿Y qué se puede decir de la política? He oído personas que preguntan por qué los países modernos, instruidos y demócratas ni siquiera pueden nombrar buenos

candidatos a la hora de hacer elecciones.

A la luz de todos los avances científicos, ¿por qué aún tenemos depuraciones étnicas, dictadores crueles, acoso en las escuelas y tiroteos masivos? ¿Por qué unos cuantos tienen tanta riqueza y las masas muy poco? ¿Realmente podemos estudiar el ADN humano, viajar por el espacio y producir una amplia gama de dispositivos electrónicos, pero no alimentar a todos los niños?

Estas cosas nos preocupan. Sin duda el mundo va mal. Todo el dolor y la desigualdad que vemos no debe existir. Esto nos lleva a la pregunta que le causaba luchas a Nicolás: ¿Cómo se puede creer que Dios es todopoderoso y bueno si está en control del caos a nuestro alrededor?

No sé si has luchado con esta pregunta, pero yo sí. Crecí en un hogar cristiano y aprendí que la Biblia es verdadera. Sin embargo, en lo profundo de mi ser, luché con muchas preguntas. ¿De dónde surgió este mundo? ¿Será posible, a pesar de lo que la Biblia enseña, que el universo se formó por una explosión cósmica? ¿Podría ser que mi existencia sea el resultado de un accidente molecular

fenomenal?

O si es como enseña la Biblia, que Dios realmente existe, ¿cómo puede ser amoroso al permitir que la maldad cause tanto caos? Cuando era joven, esto me perturbaba.

Hoy veo esta pregunta desde una perspectiva diferente. Mi trabajo me lleva a países pobres y en desarrollo, y paso tiempo con personas que viven en lamentable pobreza. Trabajo con niños que se crían en circunstancias deplorables. Muchos viven un ciclo de pobreza que parece casi imposible de corregir. Los desagües están destapados, no hay agua potable y hay poca esperanza de mejoramiento. Estos niños constantemente son afectados por enfermedades, hambres y desastres naturales. ¿Cómo puede un Dios amoroso ver todo esto y permitir que continúe? ¿No se preocupa él por la miseria humana?

He luchado con todas estas preguntas, sin embargo, he decidido creer. He llegado a confiar en un Dios que es todopoderoso. Eso no significa que este camino a la fe ha sido fácil.

Al buscar una respuesta lógica a la pregunta de

origen, he hallado que la evolución es lamentablemente inadecuada. Si la evolución es lo suficiente poderosa y milagrosa para convertir el barro de una laguna en la increíble complejidad de la vida que observamos a nuestro alrededor, a estas alturas ya debería haber resuelto fácilmente los problemas menores del mundo como la pobreza, las relaciones humanas o los dictadores severos. Esos son problemas sencillos comparados con algo tan complejo como el ojo humano. Además, la evolución ni siquiera intenta contestar la pregunta mayor de dónde nació la laguna original. ¿Quién la colocó allí?

¿Por qué no oímos más de esta pregunta real y crítica del origen? La respuesta parece obvia y señala a una realidad que muchos no quieren mencionar. Al observar la complejidad de este mundo maravilloso en el que vivimos, es inevitable ver la prueba de un Diseñador. Si hay un efecto, primero debe haber una causa.

También he llegado a la conclusión de que este Diseñador Supremo ama a la humanidad. Ahora, aunque no soy científico, he usado el método

científico para llegar a esta conclusión. Mi decisión de creer se basa en la observación. Permíteme contarte lo que he observado.

Desde la niñez he estado rodeado de personas que profesan ser seguidores de Jesucristo. La vida de iglesia para mí ha sido muy similar a lo que Andrés y Teresa experimentaron con el pequeño grupo de calle Cinco. He visto enormes cuentas pagadas de forma anónima, grupos de jóvenes que cantan para aquellos que sufren y personas que encuentran regalos de comida en la cocina. He experimentado ayuda gratuita en los arreglos de mi casa, he sentido un brazo en el hombro al procesar una desilusión extrema. He hallado sobres sin nombre llenos de dinero en momentos difíciles. Estas personas no son perfectas, pero sin duda quieren ser como Jesucristo. Consideran las enseñanzas de Jesús no sencillamente como dichos difíciles que nos muestran lo malos que somos, sino como la intención original de Dios para el mundo. Dios quiere que nos amemos, compartamos y nos cuidemos unos a otros. Él desea un mundo donde las personas se preocupan por los heridos, y su

iglesia hoy día debe ser una demostración de sus anhelos para el mundo. Si nuestro mundo completo fuera como las personas que me han rodeado, sería un lugar bello.

Yo he observado vidas transformadas. He observado hombres y mujeres egoístas que ponen su fe en Jesucristo y son totalmente transformados. Lo he visto en mi vecindad, pero también en diferentes lugares en todo el mundo. Pienso en una pareja en Bangladés que hace poco conocieron a Jesús. En su comunidad, la esposa tenía la reputación de ser contenciosa y repugnante. Vino a la fe en Jesús y pocos meses después su esposo comenzó a hacer preguntas. Esta pareja vive en un área donde la confianza en Jesús significa arriesgar la vida, por lo que las personas se preguntaban por qué él decidiría hacerse cristiano.

Su respuesta era sencilla:

—Antes de que mi esposa decidiera seguir a Jesús, era egoísta y difícil de convivir con ella. Ahora es amorosa y totalmente transformada. He examinado mi propia vida. Soy muy egocéntrico y causo problemas. ¡Quiero que este Jesús que hizo

un cambio tan drástico en la vida de ella también sea parte de mi vida!

Él sencillamente veía algo lo suficiente poderoso para transformar la vida, y tanto lo anhelaba que estaba dispuesto a arriesgarse a ser perseguido. Por esta razón he llegado a amar la Biblia, el mensaje de salvación por medio de Jesucristo y el poder que él proporciona a los que creen.

Estos son solo algunos ejemplos de lo que he observado en la vida de aquellos que han escogido seguir a Jesús en la vida diaria. Aún hay muchas cosas que no entiendo. Sin embargo, he visto lo suficiente para saber que mi Dios obra en el mundo y, como nos dice la Biblia, hará que todo salga bien al final.

Hace varios años, viajaba en bus por la ciudad de Manila en las Filipinas. Manila tiene una de las poblaciones más densas del mundo, y la parte más grande de la ciudad es un barrio bajo. El tráfico era muy lento, y tardé la mayor parte del día en llegar a mi destino. Así que, durante horas pasé observando la extrema pobreza por la ventana: tugurios de zinc oxidado, niños sucios y mal vestidos,

violencia doméstica y condiciones de vida horribles. Después de contemplar esto unas cuantas horas, de repente me enteré de que las lágrimas corrían por mis mejillas. ¡Esto estaba mal! ¿Por qué gran parte del mundo es así?

Al secarme las lágrimas, me tocó otra pregunta profunda: ¿Por qué me molesta? ¿Qué es lo que me dice que hay un problema con esta situación? Si solo somos accidentes cósmicos, el resultado de una explosión, ¿por qué nos preocupa el sufrimiento en nuestros semejantes? Si no existe un Creador, ningún estándar absoluto del bien y del mal ni ninguna verdad absoluta, ¿por qué nos molestamos?

La respuesta era obvia y reconfortante. La compasión por los demás me hablaba, no por alguna coincidencia cósmica, sino por haber sido creado por un Creador compasivo. La empatía me recuerda que soy más que el resultado de moléculas que colisionaron. La Biblia nos dice que Dios nos creó a su imagen. He hallado gran consuelo en comprender que si la creación no se place en cómo están las cosas, es por un Creador que

tampoco se place.

Sin embargo, quiero dejar muy claro. Aunque he escogido creer en Dios y seguirlo, todavía tengo muchas preguntas y hay muchas cosas que no entiendo. He vivido cerca de personas que han soportado dolor crónico durante muchos años. No entiendo por qué Dios no las sana. No entiendo por qué les suceden cosas malas a las personas buenas. No entiendo por qué los huracanes, los tsunamis y las malas cosechas ocurren repetidas veces en algunos países sumamente pobres. Tampoco entiendo por qué Dios creó el placer o por qué es tan extravagante con el atardecer.

No puedo comprender por qué Dios ha permitido que el rostro del cristianismo se empañe tanto, por qué permite que los que profesan ser cristianos lleven su nombre y digan que siguen a un Jesús amoroso mientras promueven la violencia, los bombardeos y la agresión militar. ¿Cómo pueden decir que siguen a Jesús sin imitarlo?

También veo cosas que me dan gran esperanza; cosas que aumentan mi fe en Dios. He observado las bendiciones que surgen del sufrimiento.

He visto cómo Dios obra de manera redentora en situaciones que parecen tragedias. He visto que muchos seguidores de Jesús escogen vivir en lugares sumamente difíciles y peligrosos en el mundo para ayudar a otros. El poder de Jesucristo en su interior ha hecho posible que salgan de la seguridad de la clase media, motivados por el deseo de bendecir a los menos afortunados. He observado creyentes que llevan a sus padres ancianos a su hogar durante sus últimos años, sabiendo que el cuidado de ellos les impedirá la libertad personal y la vida social. La lista podría seguir.

En resumen, he visto a Dios obrar en la vida de otros y he sentido su amor y poder al transformar mi vida. He observado y experimentado suficiente de su poder redentor como para dejar en sus manos lo que no entiendo. Algunas situaciones aún me parecen muy injustas, sin embargo, vivo con la confianza de que la Biblia es verdadera. Llegará el día cuando se corrijan todos estos males, cuando el bien venza a la maldad y cuando aquellos que hoy siguen a Jesús vivan para siempre con él en paz.

Aún hay muchas cosas que no entiendo. Sin embargo, he visto suficiente que, a pesar de mis dudas, he llegado a ser el que abiertamente proclama:
—¡Dios es bueno!

Si tienes alguna pregunta o te gustaría localizar a otros seguidores de Jesús que toman en serio sus palabras, contáctanos en kingdomquestions@gmail.com.

Para más recursos visita www.manadigital.net



ACERCA DEL AUTOR

Gary Miller se crio en California y hoy vive con su esposa Patty y familia en el pacífico noroeste. Gary trabaja con los pobres en los países en desarrollo y dirige el programa SALT para CAM (Christian Aid Ministries). Este programa ofrece enseñanza espiritual y financiera para aquellos que viven en pobreza crónica, provee préstamos pequeños, establece grupos de ahorro en pueblos locales y ayuda en aprender a utilizar los recursos que Dios les da para que sean sostenibles.

NICOLÁS ESTÁ CANSADO de la vida. Los problemas familiares, económicos y sociales le han dificultado su existencia. En todo su alrededor, observa dolor sin sentido. Los desastres naturales dejan a algunos sin nada. Otros se convierten en víctimas de guerra, terrorismo, problemas políticos y tiroteos. Muchos experimentan los estragos del hambre y la enfermedad. ¡Hay sufrimiento por todas partes!

Sin embargo, lo que más asombra a Nicolás es que, en medio de toda esta agonía y caos, hay personas sencillas que aún creen en un ser supremo: alguien que podría poner fin a todo el sufrimiento, pero permite que continúe. ¡Luego se atreven a decir que su Dios es bueno!

Nicolás tiene una pregunta sencilla: A la luz de todos los hechos, ¿cómo pueden decir que Dios es bueno?

